

II. TRIBUNAL CONSTITUCIONAL

**RUSIA EN LA VISIÓN
DE UN CONSTITUCIONALISTA:
FRAGMENTOS DE UN ESTADO
DIFUNTO**

STEPHEN HOLMES

RUSIA EN LA VISIÓN DE UN CONSTITUCIONALISTA: FRAGMENTOS DE UN ESTADO DIFUNTO

STEPHEN HOLMES

Profesor de Derecho Constitucional
School of Law de la Universidad de Nueva York¹.

NOTA INTRODUCTORIA DEL EQUIPO EDITORIAL

La transformación por decreto del *Derecho Político* en una disciplina referenciada sólo en la exégesis de la Constitución de 1978 ha significado para una parte de la doctrina constitucional española, entre otras notables pérdidas, prescindir del estudio de los ordenamientos constitucionales de las principales naciones democráticas, interrumpiendo bruscamente una brillante tradición que contaba en su haber logros tan señeros como el *Derecho Constitucional Comparado* de Manuel García Pelayo (1950). Tan sólo la temática federal y la consideración individualizada de ciertos derechos subjetivos escapan en alguna medida a esta renuncia al estudio comparado de lo foráneo, aunque de sólo en ambos casos los análisis vengan marcados por una preocupación marcadamente técnica y operada de forma desconectada del enfoque político-cultural que tan distintivo fue de nuestra venerable tradición académica. Pero frente a quienes aceptan de buen grado limitarse al estudio de los datos jurídico-positivos de la Constitución como método exclusivo para explicar nuestra propia existencia política, conviene advertir que los hechos en su indomable *sagesse* imponen un mínimo conocimiento del *hinterland* democrático para poder llegar a captar de manera cabal el sentido de la dinámica que envuelve cualquier vida constitucional —incluida la española—, especialmente en un momento en que el mundo se ha vuelto más cercano e interactúa continuamente, y cuando las instituciones constitucionales comparadas están procurando adaptarse y construir caminos para afrontar fenómenos que, sin ser idénticos

¹ Traducción y notas de Carmen Carrillo Franco. Universidad Complutense de Madrid. El enfoque de los problemas constitucionales que practica el profesor Holmes combina política, derecho y un profundo conocimiento de los clásicos políticos. Su tesis doctoral *Benjamin Constant and the Making of Modern Liberalism* (1984, Yale University Press,) marcó un hito y está en el actual revival del pensador suizo. Entre sus obras se han traducido al español: *Anatomía del liberalismo*. Madrid, 1999; así como los escritos con Cass R. Sunstein, *El costo de los derechos. Por qué la libertad depende de los impuestos* (2011) y con Ivan Krastev, *La luz que se apaga: Cómo Occidente ganó la Guerra Fría pero perdió la paz* (2021). (Las notas son de la Traductora).

en todas partes, responden a una innegable dimensión global. Y si esta afirmación resulta predecible del conjunto de las democracias constitucionales, mucho más debe serlo de las lábiles experiencias que han sucedido a la caída del bloque soviético. En este punto hay que reconocer que nuestra doctrina se halla ante a una importante laguna que no sólo resulta absurda en un Tiempo en que los problemas de la Política y sus soluciones democráticas trasciende al estudio de la legalidad constitucional, sino que además desprecia altivamente aquella gran lección de Otto Hintze que advertía que los cambios constitucionales internos están condicionados y han de ser interpretados siempre partiendo de la delimitación exterior de la política (*staatsbildung*), de la que la guerra forma necesariamente parte².

Frente al notable empobrecimiento intelectual que para una parte de nuestra doctrina constitucional ha supuesto ese renunciar al estudio de lo comparado, **Tribuna Constitucional** quiere reafirmar la urgencia de recuperar los fundamentos intelectuales y el estudio de la «*verità effettuale delle cose*» nacional y foráneo como único proceder sólido para construir un derecho consciente de su propia contemporaneidad. Para ello y con la colaboración de Carmen Carrillo Franco, de la Universidad Complutense, hemos recuperado un artículo del profesor Stephen Holmes convenientemente actualizado por su autor³, que exhibe dos importantes insumos hábilmente entrelazados. La reflexión madura de un constitucionalista que no renuncia a integrar en un mismo plano el estudio de la dimensión política y la jurídica-institucional, y su apabullante comprensión del desorden degenerativo que ha sucedido al difunto sistema soviético, que no solo no resulta superfluo en el *background* de un constitucionalista español, sino que parece imprescindible para ejercer el propio menester de manera correcta.

¿Cómo definir el régimen de Putin? Como una camarilla gobernante que se ve asediado y se siente sacudido, y de la que se ha dicho que sus integrantes eran los más ricos de toda la historia de la humanidad: «autoritarismo blando», «gobierno mixto», «democracia dirigida». Las diferentes etiquetas atribuidas dicen más acerca de la incapacidad de los comentaristas para renunciar y para dejar de operar en sus análisis con los esquemas y enfoque propios de la Guerra Fría, que sobre lo que verdaderamente está sucediendo en Rusia.

A Luke Harding, corresponsal en Rusia del *The Guardian*⁴ entre 2007 y 2011, el pasado mes de febrero de 2011 se le negó la entrada al país en el aeropuerto de Domoedovo y, se le informó de que su presencia en Rusia en adelante no sería bienvenida.

² Otto Hintze, «La configuración de los Estados y el desarrollo constitucional» en *Historia de las Formas Política*, Madrid, 1968, pág 15 y ss. Originalmente, «Staatenbildung und Verfassungsentwicklung». (1902) In: *Historische Zeitschrift* vol. 88 (1902) p. 1-21

³ Publicado originalmente en *London Review of Books*. Vol. 23. N. 1, enero de 2012. La traducción se efectúa con permiso expreso del autor que ha actualizado su texto con una adenda escrita en el verano de 2023.

⁴ *The Guardian* es el periódico de izquierda británico. Independiente y fuertemente crítico, se le sitúa habitualmente en la línea del laborismo no obstante no haber perdido nunca el enfoque liberal en que nació y fue fundado con el nombre de *Manchester Guardian*. Goza de enorme reputación y presta especial atención a los temas internacionales. Entre sus colaboradores ocasionales está lo mejor de la intelectualidad anglosajona.

Un editorial de *The Guardian* describió el evento como «la primera expulsión de un periodista británico de Rusia desde el final de la Guerra Fría». El propio Harding ve en su relato de la Rusia de Putin como una suerte de epílogo del episodio que en su día protagonizó Malcolm Muggeridge⁵ cuando, en el periodo 1932-33, era corresponsal en Moscú del *The Guardian* y denunció lo que estaba sucediendo en la Unión Soviética. «Ocho décadas después —escribe Harding— las cosas no han cambiado tanto»: «La Kremlinología ha vuelto»; Rusia «se ha convertido en el principal Estado-espía del mundo»; «los hábitos de secretismo de la KGB» han vuelto; «los medios estatales de comunicación rusos siguen estancados en los métodos de la Guerra Fría». Y así sucesivamente. Harding no es el único que comparte esta visión. Sin embargo, a mi entender se trata una visión errónea. Putin no representa una vuelta a la época soviética; se trata de algo muy distinto y más anacrónico.

El torpe anuncio de Putin, para nada inesperado, sobre su decisión de hacerse reelegir en la Presidencia rusa nos da una pista sobre la forma en que el sistema funciona; o, más bien, no funciona⁶. Si se tiene presente que la existencia de una fórmula de sucesión creíble del poder es uno de los elementos clave de cualquier sistema político, la auto-coronación orquestada por Putin en 2012 dejó claro que Rusia carecía del mismo. Dejar la decisión sobre quien será el sucesor político al resultado imprevisible de unas elecciones verdaderamente competitivas, sólo es aceptable cuando los dirigentes en el poder no esperan perder mucho, si es que pierden algo. En las democracias consolidadas, a los políticos derrocados electoralmente les esperan aterrizajes suaves. En los sistemas no-democráticos, los antiguos dirigentes pueden evitar sorpresas inoportunas si el proceso de sucesión es gestionado por un grupo central del partido gobernante, como en la Unión Soviética después de Stalin y, en China hoy en día. No obstante, esta alternativa no está disponible en Rusia. De entrada, el cada vez menos popular, *Yedinaya Rossiya*⁷ no es un partido gobernante, sino una ruinosa máquina de fraude electoral dirigida por los fieles a Putin y otros

⁵ Malcolm Muggeridge fue el corresponsal del *Manchester Guardian* en Moscú en los años posteriores a la muerte de Lenin y del asentamiento del Estado Soviético dominado por Stalin. Personalmente ligado a la élite laborista (su mujer era hermana de Beatriz Webb), descubrió al mundo las hambrunas de Ucrania y fue expulsado de la Unión Soviética. Su libro *Picture Palace* (1934) continúa siendo un referente para estudiar los momentos iniciales de Estado Soviético.

⁶ Putin accedió a la condición de presidente interino de la Federación Rusa el 31 de diciembre de 1999 a raíz de la renuncia de Yeltsin y siguiendo las previsiones constitucionales. El 26 de marzo de 2000 fue elegido presidente efectivo. Fue reelegido en 2004; al terminar su mandato y como entonces la presidencia estaba constitucionalmente limitada a dos mandatos consecutivos no se presentó a las elecciones y se mantuvo como primer ministro entre 2008 a 2012 bajo la presidencia de Dmitri Medvédev. En 2012 (y es el supuesto al que se refiere Holmes), regresó a la presidencia y fue reelegido nuevamente en 2018. En abril de 2021, después de un referéndum, se efectuó una nueva reforma constitucional que le permitirá presentarse a la reelección dos veces más, hasta el año 2036.

⁷ Rusia Unida (*Единая Россия*) es el partido político en que se fusionan otros grupúsculos precedentes y que sirve de apoyo a Putin. Fue fundado en 2001 y responde en tanto al modelo del viejo *Movimiento Nacional* del franquismo o de la Unión Nacional Portuguesa, un partido que sólo cobraba vida para las elecciones.

oportunistas a quienes nadie, y menos aún Putin, confiarían para elegir al próximo gobernante del país.

Ceder el poder ahora sería demasiado caro para Putin (*N. del T.*: Holmes está escribiendo en 2012). Cuando se marche, se sentará en el banquillo. Parece inevitable, algo que ya advirtiera Stanislav Belkovsky⁸ —un antiguo redactor de los discursos de Boris Berezovsky⁹— a Harding. Entonces, decía Belkovsky, se enfrentará a la cuestión de cómo legalizar sus recursos económicos, así como todos los fondos y bienes de sus amigos de Occidente. También, Yeltsin podría haber prolongado su mandato presidencial de no haber sido por sus problemas de salud, pero tuvo la suerte de tener a Putin en el lugar preciso; no para enterrar el sistema que el mismo Yeltsin había inaugurado, sino para rescatarlo. Dmitry Medvedev, el *Delfín* de cartón, no ha podido hacer por Putin lo que antes hiciera Putin por Yeltsin¹⁰. La decisión de Putin de reaparecer en el Kremlin revela (y no fuerza), la propia debilidad del sistema que se ha creado en Rusia.

Los seguidores de Putin proclaman constantemente la «estabilidad» que Putin ha traído a Rusia. Pero, ningún sistema —y mucho menos este— puede llegar a ser estable si depende del bienestar y supervivencia de un solo hombre. Incluso si sus «capacidades físicas», como presume, puedan exceder mucho más que las de cualquier otro líder soviético de la postguerra, las instituciones principales del régimen están vacías. El ejemplo más llamativo del insignificante papel que desempeñan en la vida política rusa no es la simple formalidad de la Duma, sino la Presidencia en sí misma. Distribuidos los poderes de forma prácticamente descontrolada por la Constitución de Yeltsin de 1993, el cargo perdió tanto su autoridad sobre la política exterior como el poder para destituir al primer ministro, cuando Medvedev desempeñó su papel por 4 años, y cuya incapacidad para mantenerse en el puesto evidencia que en Rusia la presidencia en sí misma no es una fuente de poder.

El sistema de Putin no tiene nada que hacer frente al «ADN autoritario» alegado por los soviólogos para explicar la reiterada supresión de los avances liberales. La singularidad de la Rusia de Putin es una consecuencia de la fragmentación burocrática que siguió a la disolución del Partido Comunista en 1991, el desvío de dinero de la tesorería pública y de empresas controladas por el Estado a cuentas bancarias extranjeras por rivales burocráticos y grupos empresariales, la ausencia continua de

⁸ Stanislav Belkovsky es un periodista ruso-ucraniano de sangre judía, que se mueve en los principales medios del país, bien como autor directo bien por cuenta de otros; fue el escritor de discursos de Berezovsky.

⁹ Boris Berezovsky fue un magnate ruso vinculado al círculo de Yeltsin. Su posición en Rusia comenzó en los últimos tiempos de la URSS importando automóviles Mercedes desde Alemania, y fue uno de los primeros prebostes en enriquecerse con las privatizaciones de lo público de los 90. Tras la renuncia de Yeltsin, su poder declinó y murió misteriosamente en Londres en 2021, envuelto en escándalos, demandas judiciales y amenazas habituales entre los oligarcas.

¹⁰ Dmitry Medvedev es el político que servirá a Putin de pieza de ajedrez para cubrir el enroque que le permitió volver a la presidencia de Rusia en 2012. Se trata de un personaje patético y en definitiva nulo, capaz sólo de generar apariencias.

propietarios legítimos, desde el punto de vista social de lo que una vez fueron las propiedades estatales, la corrupción del funcionariado en todos los niveles, la brecha entre ricos y pobres, el anémico sentido de identidad entre la élite política y económica del país.

El error de interpretación más común sobre la Rusia postcomunista, aceptado tanto por los fieles al régimen como por sus críticos, es que Putin ha creado una estructura de mando al estilo militar. De hecho, nunca ha tenido capacidad, ni la ambición de reconstruir una jerarquía de estilo soviético. Harding escribe sobre la transición «del caos, pero con relativas libertades, de los años de Yeltsin a la ‘democracia dirigida’ de la autocrática época de Putin» y, cita a Valter Litvinenko, el padre de Aleksandr Litvinenko¹¹: «Rusia es un sistema vertical. Es como la Unión Soviética. Únicamente Putin puede decidir estas cuestiones, al igual que Stalin. Sin la aprobación de Putin, no podría haber ocurrido» —refiriéndose al envenenamiento de su hijo—. Sin embargo, aunque sea innegable que «los que molestan al Estado son asesinados como resultado directo de sus actividades profesionales», no está nada claro *que* el asesinato de los periodistas y abogados con conciencia social requiera la iniciativa Putin.

El hecho de que la tan difundida estructura vertical del poder sea una «ficción», como la llamó Aleksei Navalny¹², uno de los instigadores de las masivas manifestaciones contrarias al régimen que tuvieron lugar el 10 de diciembre de 2011, es evidente por la corrupción que, siguiendo a Harding, «ha aumentado seis veces más con el gobierno de Putin». Eludir el servicio militar, registrar una sociedad, comprar un piso, acceder a un colegio, superar un examen, ser absuelto de acusaciones penales, amañadas o legítimas, recibir tratamiento médico, para todo ello puede ser necesario sobornar a los funcionarios públicos. La plaga del soborno es endémica, pues infla para el Estado el precio de todo hasta en un 50 por ciento, desde las armas hasta la construcción de carreteras. El hecho de que entre los principales participantes en «la mayor trama de corrupción de la Historia de la humanidad», en palabras del economista Anders Aslund, figuren los legendarios «*siloviki*»¹³ es el mayor signo de la

¹¹ Aleksandr Litvinenko, fue un miembro de los servicios secretos rusos (FSB, herederos del temible KGB) que estando en Londres desertó y denunció públicamente que su misión era asesinar a Boris Berezovsky. Después de una larga persecución fue envenenado por plutonio o alguno de sus derivados, en Inglaterra por el servicio secreto ruso. Junto con Yuri Felshtinski, es autor del libro, *Blowing Up Russia: Terror from Within* (2002), traducido al español como *Rusia dinamitada: Tramas secretas y terrorismo de Estado en la Federación Rusa*.

¹² Aleksei Navalny es la principal figura de oposición rusa. Candidato a diferentes comicios, ha perdido siempre unas elecciones fraudulentas. Actualmente está condenado en cárceles rusas, temiéndose siempre por su vida. Numerosos colectivos de intelectuales de todo el mundo están pidiendo continuamente su libertad.

¹³ *Siloviki* es un término ruso que hace referencia a la generación de hombres que, formados en diversos servicios de seguridad, en la descomposición de la Unión Soviética fueron tentados a prestar sus servicios y la protección que deparaba su posición a diferentes oligarcas y grupos de magnates y hasta delincuentes a los que terminaron sirviendo. No son un grupo compacto, ni una mafia organizada, sino

ausencia de jerarquía. En una jerarquía, las autoridades locales responderían ante sus superiores de Moscú: sin embargo, no lo hacen.

Si hay algún tipo de verticalidad en la Rusia de Putin, es una verticalidad de impunidad. Si eres un agente del FSB pluriempleado como sicario a sueldo, puedes matar a alguien y que no pase nada. El fracaso rutinario para resolver casos de homicidio y procesar a asesinos, lejos de indicar el abrumador poder del Estado, revela más bien lo contrario. «El sistema de lealtad de Putin es muy dependiente de la habilidad de su ejército de funcionarios para malversar y aceptar sobornos», indica el editor del *The Moscow Times*¹⁴, a quien cita Harding. Putin no puede obligar a los empleados del sector público a que dejen de malversar y extorsionar, como tampoco puede obligar a los funcionarios a anteponer sus responsabilidades departamentales a su avaricia personal y que se comprometan con el bienestar de su comunidad.

Como uno de los autores del libro de *The Guardian* sobre las filtraciones de WikiLeaks, Harding se encontraba en una buena posición para recopilar el material sobre «la trama de corrupción en el corazón del Estado ruso». Así, cita un informe de John Beyrle, el embajador estadounidense en Moscú, en el que escribe que «la policía y el MVD recaudan dinero de los pequeños negocios, mientras el FSB lo recauda de los grandes». Sin embargo, aunque se repartan amistosamente el terreno, los miembros de las distintas agencias lo hacen por sus propios intereses egoístas, pero no como parte de un proyecto común. Entre la información filtrada también se encuentra la acusación de que «el gobierno opera más como una cleptocracia que como un gobierno». Como lo resume Harding, el Kremlin es «un negocio lucrativo del sector privado en el que robar es un hábito patológico», colocado a la cabeza de un «sistema político disfuncional... en el que, con frecuencia, es difícil diferenciar entre las actividades del gobierno y las de delincuencia organizada». Al FSB lo describe como «en esencia, una organización criminal, que ofrece protección a los gánsteres y extorsiona a los grandes negocios».

Nada de esto es del todo incorrecto, pero el carácter históricamente inédito del sistema de Putin se pone de manifiesto únicamente cuando recordamos, como el propio Harding nos insta a hacer que «el KGB de la era soviética estaba subordinado a la voluntad política del partido comunista». Cuando el PCUS se desplomó, dejó atrás, no sólo al FSB y sus organismos asociados, sino una toda una ristra de otros «huérfanos», altamente desarrollados y ahora prácticamente autónomos de un Estado difunto. En un esfuerzo desesperado, pero en última instancia exitoso por sobrevivir en un entorno despiadado, varias de las antiguas delegaciones salieron en busca de nuevos patrocinadores. Por ejemplo, los centros psiquiátricos soviéticos que se utilizaban para atormentar a los disidentes ahora reciben sobres llenos de dinero de los jóvenes rusos ansiosos por sacar a sus suegros ancianos de apartamentos cotizados.

un tipo humano que como otrora la *nomenklatura*, han terminado colonizando Rusia y dominan hoy su vida colectiva. Para entender Rusia hay que comprender antes cómo se originaron y qué significan los *siloviki*.

¹⁴ *The Moscow Times* es el periódico de los exiliados rusos que se edita en Ámsterdam.

Más importantes políticamente son las entidades como *Gazprom*, el antiguo Ministerio Soviético del Gas, que ahora es una enorme corporación, nada transparente, en la que el Gobierno ruso tiene una participación mayoritaria; y la Fiscalía, que mantiene formalmente las funciones de fiscalía, pero que ya no tiene que responder ante un organismo de rango superior —un pago apropiado por los particulares puede ser suficiente para iniciar o suspender una acusación—.

A pesar de sus muchos encuentros desagradables con el FSB, Harding duda de que «los servicios de seguridad y de ejecución de la ley pertenezcan a la esfera de Putin» o «que sigan sus órdenes»; ya que, «disfrutan de una autonomía casi total». Es normal que algunos organismos autónomos se pisen los unos a los otros. En el Ministerio de Exteriores estaban avergonzados por la decisión sorpresa del FSB de expulsar a Harding, ya que se anunció en la víspera de una visita a Londres del ministro de Exteriores ruso. «Este es el tipo de cosas —apunta Harding— que se supone que habrían desaparecido del Estado racional, vertical y prusiano de Putin». El hecho de que no hayan desaparecido evidencia que no hay racionalidad, verticalidad, ni prusianismo alguno en el Estado.

A partir de distintas fuentes, incluida la observación personal, Harding deduce que en Moscú «los agentes del FSB están continuamente forzando cerraduras, escondiendo micrófonos, merodeando por las escaleras y, usando los pisos de los vecinos patriotas para espiar a los objetivos». Pero ¿quién se lo ordena? Y, ¿con qué fin? La respuesta más plausible es que el *Big Brother* ha perdido el rumbo. Repletos de ineptitud, confusión y caos, los agentes de primera línea de la organización aplican las tácticas del manual de forma mecánica y sin orientación estratégica de arriba. Mirando a hurtadillas en el gabinete de intrigas y misterios del FSB, Harding descubre a unos espías desgraciados que parecen haberse salido del decorado de una obra de teatro de la Guerra Fría que —sin que ellos lo supieran— fue abandonada hace dos décadas. Sin duda, no están en una misión para proteger la dominación del Kremlin sobre el país: simplemente, han heredado «el oficio» y no saben qué más hacer. La baja calidad de los nuevos reclutas es abismal. Los agentes con más experiencia eran aparentemente «indiferentes» a la turbia forma en la que se llevó a cabo el asesinato de Litvinenko¹⁵. La KGB ha hecho estas cosas «de forma más eficiente y ordenada con Yuri Andropov»¹⁶. El récord de la FSB en la lucha contra el terrorismo es igualmente

¹⁵ Como se explica en la nota 9, Litvinenko fue asesinado a base de ser intoxicado por plutonio.

¹⁶ Yuri Andropov fue el ante penúltimo secretario general de PCUS, protector de Gorbachov, defendió siempre la necesidad de efectuar reformas para mantener vivo el socialismo, siguiendo la ortodoxia de su mentor Súslov, el cancerbero de la ideología leninista. En su etapa de jefe del KGB impulsó numerosas reformas que le llevaron a perfeccionar y modernizar sus servicios, resentidos del desarme ideológico que afectaba al mundo socialista. Su apoyo fue fundamental para que, tras su muerte y el corto mandato de Chernenko, le sucediera en el liderazgo soviético Gorbachov que quiso poner en práctica su ideario reformista en un mundo que ya era muy distinto y que lo terminó anegando. Lo que en realidad pretendía Andropov, conocedor como jefe de los servicios secretos de la ventaja real que en todos los terrenos científicos, económicos, industriales estaba adquiriendo los Estados Unidos, era reformar internamente la URSS para ponerla en mejor situación de combatir al capitalismo, su gran

escaso —quizás debido a que están demasiado ocupados extorsionando a las grandes empresas—.

Un episodio de desconcierto muy similar sucedió en 2010 cuando arrestaron a los 10 «espías» enviados a Estados Unidos por el Servicio de Inteligencia Exterior, un derivado de la KGB: «Las 55 páginas del expediente del FBI revelan con humillante detalle el reiterado comportamiento poco profesional y chapucero de los agentes de Moscú en América», escribía Harding en su día. Así era la Rusia postcomunista en pocas palabras: la operación que utilizó a la aspirante a *femme fatale* Anna Chapman como una agente clandestina¹⁷ «parecía —escribe Harding— un ejercicio de creación de empleo para los descendientes de la elite rusa con buenos contactos (El padre de Champan es un alto funcionario del ‘servicio exterior’)».

Ejemplos de este tipo sugieren que a medida que las lealtades institucionales disminuyen, de forma natural, éstas son sustituidas por las lealtades familiares. La privatización de los terrenos del exclusivo barrio *Rublyovka*, al oeste de Moscú¹⁸, es otro ejemplo de este patrón. «En la época soviética —explica Harding— a los generales de la KGB se les concedieron propiedades en la zona, pero tenían que desalojarlas cuando se retiraban del servicio». Los generales del FSB que recibieron tierras gratuitamente del Estado en 2003 y 2004 las recibieron a su nombre y, de esta forma, pudieron legárselas a sus herederos biológicos en lugar de tener que cedérselas a sus sucesores en el cargo, debido a una administración estatal impersonal que no tenía en cuenta, en absoluto, el parentesco. El papel omnipresente del nepotismo en la distribución tanto de los bienes públicos como de los puestos financieramente explotables en el gobierno y en las empresas controladas por el Estado es un signo de la corrosión institucional del sistema.

La obstinada lucha por el poder dentro del Kremlin también debe entenderse en este contexto. En octubre de 2007, el FSB arrestó al General Aleksandr Bulbov, el director adjunto de la Agencia de Control de Drogas: Harding lo describe como «un enfrentamiento surrealista entre sus guardaespaldas personales y los agentes del FSB, en el que se apuntan con sus ametralladoras los unos a los otros». Pero ¿a qué se deben estas riñas potencialmente mortales? Se reducen a grupos burocrático-empresariales que intentan arrebatarse los negocios lucrativos unos a otros. Detrás de la máscara de restauración autoritaria, nos encontramos con la realidad de un

enemigo ideológico. Un objetivo imposible tanto porque ello suponía desvincular la anquilosada arma rusa, como porque implicaba creer que la lucha ideológica capitalismo/socialismo era una lucha final, que con las ideologías la historia de la humanidad ponía fin a la Historia, olvidando que la ideología era otra forma de pensar más vinculada a una realidad muy específica que tenía su principio y su fin cercanos, como todas las creaciones de la Ilustración.

¹⁷ Anna Chapman fue una agente rusa que se instaló en Estados Unidos y se sirvió de su belleza para espíar. Terminó descubierta y expulsada en 2011.

¹⁸ Rublyovka es la zona residencial a las afueras de Moscú donde viven los ricos rusos. Originariamente una zona de residencia privilegiada en la que se ubicaban las *dachas* de la nomenklatura soviética, hoy es un lugar residencial y altamente cotizado por la élite rusa, un país que sufre en sus grandes ciudades enormes problemas de vivienda.

raiderstvo (golpe de mano corsario) entre elites: un frenesí anárquico de avaricia en el que los distintos grupos luchan por hacerse con su parte de los ingentes flujos de efectivo. Hoy en día, creer que la principal batalla dentro de la elite gobernante es la que enfrenta a los reformistas liberales contra los *siloviki* radicales es una percepción errónea. Los famosos bulldogs que pelean en la sombra no son liberales de principios enfrentados a déspotas insaciables. No hay dos facciones, sino más de una docena y, sus discrepancias no tienen nada que ver con la ideología. «Sin duda, no hay liberales ni *siloviki*», le asegura Belkovsky a Harding. «Esto no trata de liberales o *siloviki*. Trata de dinero y seguridad, de dar seguridad a su dinero. Nada más. Existen empresas competidoras con los mismos propósitos y objetivos».

Si estas consideraciones son correctas, resulta que la *libido habendi* explica el comportamiento de Moscú en la última década mucho mejor que la *libido dominandi*. La «imagen neosoviética» proyectada sobre la Rusia de Putin pasa casualmente por alto el detalle biográfico de que el propio Putin es un «clásico hombre de negocios post-soviético» cuya forma de pensar se fue moldeando mientras trabajaba en la oficina del alcalde de San Petersburgo a principios de los años noventa, una época marcada por la mafia y la delincuencia.

La sangre continúa derramándose en el Cáucaso Norte¹⁹. Sin embargo, esto no prueba el duro control del Kremlin sobre el país. Así que nos quedamos con los distintos asesinatos que han conseguido que la Rusia de Putin se gane su fama de cruel. Lo que nos tenemos que preguntar es si los descarados homicidios de los ciudadanos entrometidos reflejan una estructura de poder o, su ausencia. Aleksandr Litvinenko podría haber sido asesinado por un grupo de agentes del FSB, antiguos o en activo; que tal y como lo cuenta Harding, «actuaban por su propia cuenta para deshacerse de un traidor problemático». Sin duda, a Sergei Magnitsky lo mataron los «mismos funcionarios» a los que había destapado por cometer fraude fiscal. Incluso si los agentes del FSB estuvieron involucrados en el asesinato en pleno día del abogado especialista en derechos humanos, Stanislav Markelov²⁰, es muy posible que hayan estado alquilando sus servicios fuera de horas, tal vez a amigos del coronel Yuri Budanov²¹, el ídolo nacionalista ruso al que condenaron a 18 años por estrangular a una chica de 18 años (en su última rueda de prensa, Markelov anunció que había

¹⁹ En 2012 fecha de redacción de este ensayo, terminada la segunda guerra chechena, quedaban todavía pendientes de resolver diversos conflictos en el Cáucaso que en realidad no ha estado en paz nunca tras la caída de la Unión Soviética y que constituye un foco de infección para toda la zona ya que la estructura étnica, que hace casi imposible el orden político libre en los distintos Estados de la nación, se extiende a naciones vecinas como Persia o Turquía que operan en aquel escenario con la conciencia de estar gestionando política interna.

²⁰ Stanislav Markelov fue un abogado ruso en materia de derechos humanos que resultó asesinado en enero de 2009 en Moscú, junto con Anastasia Babúrova, periodista ucraniana en un crimen nunca suficientemente aclarado.

²¹ Yuri Budanov fue un oficial ruso que combatió en la Guerra de Chechenia cometiendo crímenes de guerra. Su enjuiciamiento provocó el estallido de una ola de simpatías nacionalistas rusas que derivó en tensiones públicas. Fue condenado a cárcel y asesinado tras su salida.

interpuesto un recurso para conseguir la libertad condicional de Budanov). Y así sucesivamente. Sobre su propia experiencia de acoso a manos del FSB, Harding afirma lo siguiente: «es posible que un multimillonario descontento con algo que yo había escrito sobre sus negocios haya pagado al FSB, simplemente, para echarme».

Ahora bien, ¿acaso el control estatal de la televisión pública no evidencia, al menos, las ambiciones autoritarias de Putin? Podrían decirse muchas cosas sobre el papel poco democrático que ha jugado la televisión privada en las guerras oligárquicas de los años 90, así como de los interesados intentos de los magnates, como Vladimir Gusinky, para presentarse a sí mismos como defensores de la libertad frente al autoritarismo. No obstante, los fines de la censura con Putin son distintos a los del régimen soviético. Los periodistas que se meten en problemas son aquellos que escriben «sobre los vínculos entre el FSB y la mafia publicando artículos sobre Putin, su equipo y, sobre el dinero de su equipo». Mientras que uno se mantenga alejado de «los asuntos sensibles, como la corrupción entre los altos funcionarios», lo más probable es que le dejen en paz; aunque también está prohibido burlarse abiertamente de los altos funcionarios en la televisión nacional.

La difusión de vídeos de un Yeltsin ebrio en los años 90 sugirió que su gobierno era demasiado débil como para intimidar a sus críticos para que se autocensuraran respetuosamente²². Ya que el «nunca muestras debilidad» es el imperativo más apremiante de cualquier régimen con inseguridad crónica, el gobierno de Putin decidió hacer lo que menos esfuerzo le costaba: tomar el control de la principal plataforma en la que podrían llegar a exponerse las numerosas deficiencias del gobierno. El Kremlin ha monopolizado los telediarios de ámbito nacional, no para imponer una línea de partido, ni porque pretenda persuadir al público cínico y desilusionado para que se traguen la versión oficial de los eventos, sino porque temen lo que pueda venir si se percibe que los críticos del régimen se pueden salir con la suya tras divulgar la criminalidad y ridiculizar la insensatez de los círculos gobernantes del país en la televisión nacional. El papel que han jugado internet y las redes sociales en el período que siguió a las elecciones del 4 de diciembre de 2011, no obstante, sugiere que el control completo de las emisiones televisivas ya no puede proteger al régimen de las burlas, ni de las consecuencias de la movilización de las denuncias contra la corrupción.

El tópico neosoviético también distrae la atención de lo que es realmente crucial en la Rusia contemporánea: las grandes desigualdades entre los que tienen y los que no tienen. La precariedad y la miseria de «un país rico repleto de gente pobre» se camufla entre las positivas estadísticas sobre la renta per cápita y el consumo de los hogares en las que, de forma notoria, se omite toda referencia a la desigualdad, la mortalidad, la morbilidad, la degradación medioambiental o el despilfarro de

²² Particularmente impactante fue la escena recogida por las cámaras en directo en la que se veía que Yeltsin, de viaje oficial en Irlanda, era incapaz de abandonar el avión presidencial que lo trasladaba y que mantuvo largas horas en una incómoda espera a las autoridades de la isla.

infraestructuras y servicios públicos. El sistema de Putin ha creado «la sociedad con más desigualdad de la historia de Rusia», según Harding.

Para guardar las distancias con las clases bajas, los rusos más ricos viven en exclusivos complejos residenciales amurallados, como los que se encuentran en la carretera de Rublyovo-Uspenskoye, a las afueras de Moscú. Sin embargo, ya que los más ambiciosos de entre los *nouveaux riches* de Rusia llevan, básicamente, una vida en la que las fronteras no importan, sus urbanizaciones privadas más preciadas se encuentran en Occidente. De los que poseen inmuebles en el extranjero, muchos son funcionarios y empleados públicos: «los burócratas rusos tienen sus casas y sus familias en Londres y, sus hijos van a Cambridge o a Oxford». La razón por la que esta «extrañísima clase política» ansía un punto de apoyo extraterritorial es reveladora: «mantienen su dinero fuera de Rusia porque ninguno de ellos cree en Rusia y, ninguno de ellos cree en la estabilidad del Estado. Todos ellos saben que esa estabilidad puede terminar cualquier día». No creen en la estabilidad del Estado porque, como responsables de mantenerla, son conscientes de sus propias limitaciones. Por mucho que hablen de «la restauración del estatus de superpotencia de Rusia», los altos cargos políticos rusos tienen una asombrosa «misión primordial», que consiste en «llevarse este dinero fuera de Rusia, comprar casas fuera de Rusia y dar a sus hijos un futuro en el extranjero». Las clases acomodadas de Rusia se sienten irresistiblemente atraídas a trasladar sus fortunas a países donde parece haber futuro. Su falta de confianza no refleja un temor a que el gobierno para el que trabajan sea demasiado fuerte y pueda iniciar algún día apropiaciones masivas. Todo lo contrario, su preocupación es que el gobierno no sea lo suficientemente estable como para proteger sus inversiones.

Estos sentimientos de inseguridad han aumentado en los últimos meses. Mucho antes de los eventos de diciembre, los observadores locales le dijeron a Harding que el Kremlin se había «asustado seriamente» por la Primavera Árabe²³. De hecho, dada la ausencia de cualquier nexo entre las clases altas y las bajas, la élite rusa estaba «profundamente temerosa de que un levantamiento popular similar pudiese tener lugar en casa». Efectivamente, nadie puede afirmar que las *vybori bez vybora* («las elecciones sin elección») pretendan simular la democracia. Los ciudadanos rusos saben perfectamente que los rituales electorales periódicos no les proporcionan ningún tipo de influencia sobre sus dirigentes. Entonces, ¿qué se consigue con unas elecciones fraudulentas? En Rusia (y no sólo en Rusia) los futuros gobernantes no acceden necesariamente al poder porque sean populares. En al menos alguna de las ocasiones, los gobernantes se hacen momentáneamente populares porque se cree que ejercen el poder. De la previsible tendencia de los ciudadanos oportunistas a plegarse servilmente a los gobernantes de turno se deduce que un dirigente instalado en el gobierno que parece estar perdiendo poder comprueba que los sondeos sobre su «popularidad»

²³ La Primavera Árabe, fue la primera propuesta laica y democrática que estalló en los países islámicos del mediterráneo tuvo lugar entre 2010 y 2012 y sus consecuencias fueron entre otras la caída del régimen libio de Gadafi.

medida a través de encuestas, se puede encontrar fácilmente con que su posición se ha desvanecido de la noche a la mañana.

Esta es la pesadilla a la que ahora se enfrenta el equipo de Putin. Dispuestos a evitar cualquier indicio de debilidad, son muy conscientes de que el apoyo de la opinión pública puede conseguirse artificialmente con la ilusión de poder. Durante mucho tiempo han dependido de exhibiciones teatrales que, por muy fáciles de representar que fueran, daban a los espectadores una idea exagerada de lo que el gobierno podía conseguir. Este ha sido el propósito de las imágenes ampliamente difundidas de Putin, el héroe de la acción, volando al rescate en un avión de extinción de incendios, derribando a oponentes de judo, acelerando una Harley-Davidson, pescando con mosca con el pecho al descubierto, buceando en el Mar de Azov para «descubrir» una urna griega del siglo VI, inmovilizando tigres con un rifle tranquilizante y disparando a una ballena gris con una ballesta, todo ello elaborado por un equipo de relaciones públicas para embellecer lo que un diplomático estadounidense denominó la imagen de «perro alfa» de Putin. Hasta ahora, el fraude de las elecciones había funcionado de la misma manera. Para amañar unas elecciones solo hace falta una modesta capacidad administrativa; ahora bien, amañar los votos, especialmente en un país donde las elecciones no competitivas de la era soviética todavía se recuerdan, permite que un régimen corrupto, incapaz de abordar los problemas del país o de elaborar y aplicar políticas de interés público, imite cierto grado de autoridad autocrática. Al erigir una fachada neosoviética, con elecciones sin sentido y todo lo demás, el equipo de Putin puede haber estado tratando de obtener apoyo para unos gobernantes que, entre otras cosas, se han mostrado poco dispuestos a destinar la riqueza del país al uso público si no, más bien, a sus propios bolsillos. El régimen ha valorado la «democracia dirigida» no porque simule la democracia, sino porque simula la gestión, algo que, de otro modo, al régimen le cuesta mostrar. ¿Puede una oligarquía internamente enfrentada, socialmente desvinculada y codiciosa aferrarse al poder con un uso mínimo de la violencia, ahora que esa farsa electoral parece haber dejado de ser útil? Las próximas elecciones a la presidencia, fijadas para el 4 de marzo 2012²⁴, significan que la respuesta a esta pregunta no puede posponerse mucho tiempo.

ADENDA ESCRITA EN 2023 PARA LA REVISTA DE DERECHO POLÍTICO.

Publicado hace más de diez años, este artículo debe leerse a la luz de los acontecimientos actuales. La intentona homicida de Putin en Ucrania se inició pretendiendo que iba a ser una operación de corta duración y de «un tipo especial» que llevaría al poder a un régimen pro-ruso en Kiev. El modelo, que operaba en la mente de Putin, parece haber sido la toma incruenta de Crimea en 2014. Pero cuando la fantasía naufragó por la resistencia ucraniana, rápidamente se pasó desde la esperanza

²⁴ Las elecciones presidenciales fueron un paseo militar para Putin.

de reunificarse fácilmente con el vecino hermano de Rusia a una guerra fratricida de aniquilación. Lo que ha seguido a este fracaso es una guerra de identidad como ninguna otra. Es una guerra a muerte llevada a cabo por Rusia contra una población que afirma ser idéntica a la suya. Entonces, ¿cómo es posible explicar la locura de «matar a los tuyos»? Sin duda, una motivación tan trivial como la necesidad de Putin de salvar la cara resulta insuficiente para explicar un desastre de tan horrible magnitud.

Volviendo sobre lo dicho en mi artículo de 2012, a la luz de los acontecimientos actuales me parece adecuado señalar algunos puntos.

En primer lugar, las consecuencias negativas de una burocracia estatal dominada por luchas internas entre clanes ladrones se evidenciaron claramente en el fracaso total del Plan de invasión.

En segundo lugar, la revuelta de Prigozhin a la cabeza del ejército de Wagner, muestra que la guerra de facciones dentro del Estado continúa.

En tercer lugar, una paradoja de la política de sanciones occidental es que ha obligado a los oligarcas rusos a repatriar el dinero que habían escondido en el extranjero.

Cuarto, es poco probable que el intento de Putin de reorganizar la sociedad rusa lejos de la corrupción y del consumismo a través de una guerra a muerte con Occidente tenga éxito, en parte porque los rusos valoran su relación histórica con Europa y, en parte, también porque los jóvenes, aunque no quieren ver a Rusia humillada, no están obsesionados por la «pérdida de Ucrania» en favor de Occidente.

